

como un sirviente porque, al igual de Haydn y Mozart, debía llevar librea. Pero el espectáculo de la naturaleza lo consolaba y lo apartaba de esta humillación.

Beethoven era su admiración más grande y el anhelo de su vida era conocerlo y ser su amigo. Bien se hubiera entendido el autor de las *Sinfonías* con quien escribía: «Mis obras son los hijos de mi inteligencia y mi dolor; el mundo parece gozar más con las que ha creado sólo mi dolor.»

Una carta escrita desde el hospital a un amigo: «En una palabra, me sé el hombre más desgraciado del mundo. Figúrate un hombre que no recuperará nunca su salud y que, por la pena que esto le causa, empeora; figúrate un hombre cuyas más brillantes esperanzas han sido reducidas a la nada, a quien el amor y la amistad no dan sino amargura, a quien el entusiasmo—al menos ese que sostiene y exalta—y el sentido de lo bello abandonan, y pregúntate si ese hombre no es un desgraciado y un miserable. Me pesa el corazón, la paz se aleja de mí: he aquí lo que puedo decir porque cada noche espero un sueño sin despertar y cada mañana me trae como aguinaldo las penas de la vispera.»

La enseñanza de la historia y el espíritu de paz

En el número de Octubre de 1928 de *L'Esprit International* de París, A. Albert-Petit habla sobre la enseñanza de la historia y sus relaciones, que estima decisivas, con un espíritu de mayor comprensión y cooperación internacionales.

Comienza apartando los temas que pudieran sembrar dificultades en el camino y escribe: «La alianza, la cooperación intelectual son fáciles y secundas en materia científica. Pero la historia, ¿es una ciencia? No lo es, en el sentido riguroso de la palabra. Sus resultados no se imponen como verdades demostradas y demostrables. La historia es un conjunto de conocimientos sin los cuales una «tête bien faite», como decía Montaigne, no puede vivir. Sin ella, la cultura general carece de una base positiva. Pero no tiene el carácter abstracto de las ciencias matemáticas ni el carácter experimental de las ciencias físicas y naturales. La historia nos forma pero nosotros también la formamos. La hacemos a nuestra imagen y semejanza. No es una disciplina impersonal. Al escribirla, la teñimos de nuestro carácter individual y nacional. Nos abre el espíritu pero nuestro espíritu, a

veces, la ve a través de lentes de aumento y deformación. En ese sentido se puede decir de la historia lo que Esopo decía de la lengua: puede hacer mucho bien pero también mucho mal.»

Examina el autor el problema de la historia en la enseñanza superior donde el conocimiento es adquirido por una *élite* culta y, en consecuencia, no hay el temor de que la verdad sea torcida pasionalmente para servir determinados fines políticos. El peligro está en la enseñanza primaria y secundaria en la que el alma infantil, cera sensible, conserva indeleblemente la huella del maestro. A esta edad mental del niño «es un abuso ser tendencioso.»

Una solución radical no dejaría de tener sus dificultades: «¿Se aceptaría una vigilancia recíproca en las publicaciones escolares? Esto sería difícil, probablemente ineficaz, seguramente odioso. Nadie consentiría ser censurado, o simplemente controlado, en materia de historia nacional, dominio sagrado para cada pueblo libre. Cualquiera que sea el modo de intervención, cualquiera que sea el instrumento de esta intervención, sería mal acogida.»

El defecto de muchos manuales escolares es, según el autor, «la tendencia a la glorificación nacional con cual-

quier motivo y, a veces, sin ningún motivo. El sentimiento es natural y honorable porque nos lleva a atribuir a nuestros antepasados cualidades que merecen nuestro respeto afectuoso. En la vida privada, este exceso de espíritu de cuerpo no carece de inconvenientes. A costa de magnificar a sus antepasados, la familia más meritoria se expone a indisponer a las otras y a dar alas a un orgullo que la haga perder de vista las realidades hasta provocar la caída del astrólogo en un pozo.»

Siguen las dificultades: «El otro punto, no menos delicado, y más fácil, sin embargo, de abordar, es el lenguaje que debe emplearse en los manuales acerca de las cuestiones internacionales en actual controversia. Este capítulo está lleno de materias explosivas. Desde hace siglos las naciones se han maltratado, combatido, acusado recíprocamente de todos los crímenes; se ha arraigado la idea de que el vecino es el enemigo, el enemigo del que hay que desconfiar eternamente y cuyas villanas acciones y negros designios del pasado hay que recordar sin descanso para resguardar el porvenir.»

¿Es posible esta conducta en la vida privada? ¿Sería posible en la vida de los pueblos? ¿Habría, entonces, que silenciar los acontecimientos desagradables de la historia? «No sa-

briamos pedir a la historia, ni aún a la que se enseña en los establecimientos primarios, tender el velo del silencio sobre los hechos célebres en cuya interpretación no se está de acuerdo. El silencio no haría sino despertar las sospechas. La historia, en todos sus grados, sólo debe decir la verdad a los hombres. Pasar la esponja sistemáticamente sobre los acontecimientos sería, además de faltar a la verdad, cultivar una de las variedades de la mentira.

«¿No podría llegarse a una verdad media, que sería la verdad mundial en las cuestiones que, de buena fe, pueden mirarse con mirada diversa pero en las cuales no es absolutamente indiferente que recaiga una mirada idéntica? Entendámonos. No se trata de maquillar la historia ni en vestir con traje de pastores a los invasores bárbaros ni en apagar incendios con agua de rosas.

«¿Qué inglés se siente hoy insultado si se habla del suplicio de Juana de Arco? Cuando un congreso de especialistas de todos países, de autoridad internacional, indiscutida, haya resuelto una dificultad, será muy difícil que la escuela primaria o secundaria se rebele contra su decisión. Y se tendrá entonces la agradable sorpresa de comprobar que la verdad adquirida no tendrá la amargura del hecho discutible o

discutido. Es la discusión la que alimenta el apasionamiento.

«Hacer de la historia un arsenal de reivindicaciones de signo contrario es rebajarla y falsearla. Que príncipes ambiciosos, pueblos conquistadores hayan movilizado a sus historiadores para apoyar sus pretensiones, que los hayan encargado de «adelantar la mano» sobre el objeto de su codicia, según la imagen pintoresca de Fustel de Coulanges, es cosa sabida, pero es esto precisamente lo que no hay que volver a ver y lo que las medidas profilácticas cuya aplicación sugerimos tienen por objeto evitar».

Como ejemplo ilustrativo el autor recuerda a «un filósofo», el rey Federico, que tenía una fórmula sabia para los casos de conciencia: «No hay que violar la palabra cuando no se tienen razones; pero las razones siempre se encuentran».

¿Se pretendería una acción fulminante en esta renovación de la enseñanza de la historia en la escuela y el cambio de mentalidad consiguiente?

«Cuando se sueña en un porvenir mejor, hay que armarse de paciencia, hay que saber esperar. Se necesitará tiempo para constituir este comité de arbitraje encargado de resolver—o mejor, de conciliar— los litigios históricos».

Termina el autor: «¿Por qué no ensayar? ¿Qué se pierde

con ensayar? Por lo demás, no se comenzaría con las cuestiones más candentes y actuales. Los alemanes, se dice regocijamente, no nos han perdonado todavía la muerte de Conradin. Es como si nosotros reprocháramos a los italianos la de

Vercingétorix. Hay que comenzar liquidando todos los asuntos Conradin. Se crean a cada momento comisiones de técnicos para resolver las cuestiones más diversas: las cuestiones históricas no son más insolubles que las otras.—M.